

# La chapuza

Chapuza, que algo queda. Es decir, haz las cosas deprisa, sin profesionalidad, improvisándolo todo o casi todo, acudiendo al lugar común o a la rutina, huyendo de la obra bien hecha, del cuidado por el bien ajeno y de la propia estimación del hacer personal.

Dicen que es uno de los vicios menores nacionales, como dicen también que el vicio mayor nacional es la envidia, que no deja de ser otra chapuza sobre el oro de la felicidad ajena. El diccionario nos ilustra sobre el adjetivo *chapucero*, en el sentido de que es aquello que se hace tosca y groseramente, y en su acepción segunda, dicese de la persona que trabaja de este modo.

Fácil es inventar alguna clase de chapuzas dentro del amplio abanico del quehacer nacional. Voy a enumerar sólo algunas de ellas:

—La conversación chapucera, cuando el diálogo se hace tosco y grosero. Basta para comprobarlo oír, más que escuchar, lo que se dice alrededor. Un uso social degradado, alejado cada vez más del sentir expresivo del pueblo, quizá malformado por lo que se oye en los medios de difusión.

En esta chapucería mimética caen los paupérrimos escritores del mal teatro nacional, de los malos guiones cinematográficos nacionales, de los horrendos fautores de los bodrios televisivos.

—La chapucería política, quizá hoy más tosca y apresurada que nunca y que, salvando las excepciones, arropa por igual a las administraciones mayores y menores, centrales, autonómicas, provinciales y locales, y de las que no se escapa el átono discursar parlamentario.

—La chapucería de algunos oficiales, de algunos profesionales, de algunos técnicos.

Y a su lado la agradable sorpresa de comprobar el artesano que trabaja bien, el obrero que realiza perfectamente su trabajo, del profesional que se dedica a la tarea que le ha sido encomendada, de todos los que cumplen con su deber sin aspavientos ni autobombo, que saben hacer lo que hacen porque no se distraen en otras tareas, que sienten la satisfacción del deber cumplido en estos



R. Bello Bañón

*Frente a la chapuza, la agradable sorpresa de comprobar el artesano que trabaja bien, el obrero que realiza perfectamente su trabajo, del profesional que se dedica a la tarea que le ha sido encomendada, de todos los que cumplen con su deber sin aspavientos ni autobombo, que saben hacer lo que hacen porque no se distraen en otras tareas, que sienten la satisfacción del deber cumplido en estos tiempos de incumplimientos y de insatisfacciones.*

tiempos de incumplimientos y de insatisfacciones.

—Las chapuzas amorosas, nacidas de la inmadurez, que tanto daño causan a los hijos inocentes y a las familias no menos inocentes.

Nadie quiere ni aspira a un mundo perfecto, porque este mundo sería, aparte de utópico, aburrido. Aquella fábula novelada de *Wenceslao Fernández Flórez*, titulada “Las siete columnas”, establecía el caos que la desesperación de los siete pecados capitales produciría en el mundo. Pero sí podemos aspirar a una sociedad menos chapucera que la nuestra, a la exigencia cada vez más rigurosa de la obra bien hecha, a descartar la improvisación y a convertir lo ordinario en elegancia. No es tan difícil como parece. Un nuevo repaso, una nueva lectura, una nueva meditación, un nuevo retoque, pueden dejar el producto tosco en producto presentable. Opino en la línea de cualquier observador que en el caudal del hombre, en su proyección hacia los demás, hay más de ratificación que de rectificación. Ratificar es bueno siempre que lo hecho anteriormente sea positivo. Rectificar es una sabia actitud cuando hay que mejorar lo que se viene haciendo.

Queda finalmente la agresión chapucera. En un autobús de línea y en viaje hacia Madrid viví como espectador una escena reconfortante. Ahora se sigue la costumbre de *distraer* al viajero con la imposición, a la *trágala*, de películas. El conductor seleccionó al salir de Albacete uno de esos engendros de mal gusto que los chapuceros nacionales del mal llamado cine de destape pusieron en boga hace unos años, bajo la excusa de lo reprimidos que habíamos estado. Ya saben. Una señora se levantó y pidió al conductor que, por favor, interrumpiera la proyección de aquel subproducto, *porque ella había pagado el viaje a Madrid, pero no la obligación de ver lo que no le gustaba*. La película fue retirada como un toro impresentable se retira del ruedo. El viaje fue desde entonces plácido. Tristemente, otras agresiones chapuceras no pueden eludirse como ésta.